EL EJERCITO REORGANIZADOR

Hay, según propia confesión de los periódicos adictos a don Venustiano, dos ejércitos, que reunidos, suman aproximadamente 25 000 hombres, encargados de combatir a las huestes felicistas. El primero de ellos, organizado hace más de un año, está a las inmediatas órdenes de Salvador Alvarado—un militar de la escuela de Obregón y un economista de la escuela de Zetina,—y el segundo, bajo la jefatura de Agustín Castro—un jayán salido de no sabemos donde en las alas de la "gloriosa" y que, rebotando aquí y allá, un día fue a dar con su persona hasta el propio ministerio de la Guerra. Y esos dos ejércitos han sido hasta hoy impotentes para ahogar en sangre, de acuerdo con su consigna, el movimiento de reorganización nacional. El de Alvarado, fracasó en toda la línea desde los principios de su campaña y ahora después, magüer los frecuentes refuerzos que ha recibido, no corre mejor suerte y se ve constreñido a permanecer a la defensiva. Ocupa las ciudades de mayor importancia comercial y estratégica de la circunscripción territorial que le ha sido encomendada, pero se ve obligado a abandonar al enemigo todo lo demás. Y así, el felicismo, aunque privado de la posesión de nuestros puertos del Golfo y de algunas otras ciudades de relativa importancia, dilata su dominio desde las fronteras de Campeche al Mediodía hasta las de Tamaulipas, al Septentrión. En todos los Estados que abarca esa circunscripción, el Ejército Reorganizador de la República, es un todo homogéneo que coordina admirablemente sus operaciones y sostiene una comunicación casi ininterrumpida entre todos los contingentes que lo forman. A la unidad de pensamiento se ha agregado ya la unidad de acción. Todo parte del cuartel general felicista y todo converge a él. El último memorándum de las operaciones, publicado por **"Revista Mexicana,"** es revelador. La disgregación ha terminado. Oaxaca, o sean las fuerzas de ese Estado, que se vinieron oponiendo armadamente al gobierno de Carranza, desde 1916, con el único objeto de hacer respetar la soberanía del mismo, han dado una mayor extensión a sus primitivas miras y del movimiento local se han convertido al movimiento nacional, considerando, con muy buen juicio, que la solución satisfactoria del problema que tiene ante sí la República resolverá también, convenientemente, el problema del Estado. Concurren así al fin que los determinó a levantarse en protesta armada; se hacen acreedores a la simpatía general por el concurso que aportan a la buena causa que nos es común y logran la ventaja de verse respaldados en su lucha contra el sátrapa, por el contingente militar del General Díaz, que crece en fuerza y prestigio cada día. Y en el mismo caso se halla Michoacán. Las fuerzas revolucionarias de esta entidad federativa no tenían, hasta hace poco, orientación política definida. Eran residuos federales allí abandonados a la caída del Presidente Carbajal y residuos "convencionistas" que el villismo dejó allí, en el momento de su dispersión. Gordiano Guzmán, el jefe más prestigiado de la comarca, fue y es un agricultor de la Costa Chica, que ha intervenido en la lucha armada de los últimos cuatro años, más por salvaguardar sus propios intereses y los de la región donde éstos radican, que por un propósito político definido. Hombre de buena voluntad y partidario en todo caso del orden, puso su prestigio regional al servicio del gobienro emanado del pacto de la Ciudadela, y más tarde, con los elementos que ese gobierno le proporcionó, se opuso armadamente y por el sólo capítulo que hemos enunciado, a la obra devastadora del carrancismo. No se dejó robar. Ni de Villa ni de Carranza. Por mucho tiempo se conformó con asegurar su dominio en la Costa Chica, pero posteriormente, reclamado su auxilio por otras regiones de su Estado natal que eran víctimas de la rapiña y demás excesos "pre-constitucionales," hubo de modificar su primitivo programa; pasar de la defensiva a la ofensiva y solidarizarse, al fin, con el movimiento acaudillado por el General Díaz.

E igual cosa ha acontecido con otros movimientos regionales de la República: el encabezado por el General Higinio Aguilar, entre ellos. Ese movimiento fue anterior al felicista. Se le anticipó en más de un año. Los legionarios del jefe federal de referencia formaban, en el dominio político, una entidad libre, que actuaba bajo la designación de "Ejército de Oriente" y aunque en estrechas relaciones con el Ejército Reorganizador Nacional, había militado sin fusionarse prácticamente a éste y sin adherirse expresamente al Plan de Tierra Colorada. Esta situación duró hasta principios del año en curso; pero a la fecha ese grupo se ha solidarizado también, en forma más expresa, a la causa que defiende el caudillo de la Ciudadela.

La disgregación militar que antes lamentamos, ha terminado, pues.

A la fecha, el felicismo dilata su dominio desde las fronteras de Campeche hasta las de Tamaulipas y el Ejército Reorganizador Nacional es un todo homogéneo que coordina admirablemente sus operaciones y sostiene una comunicación casi ininterrumpida entre todos los contingentes que lo forman.

* * *

Pero para llegar a este resultado, ha habido necesidad de que la inquebrantable voluntad de un hombre se ponga a prueba en mil diferentes ocasiones y ante mil distintos peligros.....Solo una perseverancia como la de Félix Díaz, ha podido realizar ese milagro. Solo una fe como la suya, que nunca desconfió de la reivindicación de nuestro México, ha podido hacer un poco de orden en medio de aquel caos que imperaba entre los hombres del "viejo régimen" al principiar el año de 1916.

Hoy, merced a ese esfuerzo meritísimo, las cosas han cambiado radicalmente. El grupo, insignificante casi, de obstinados del deber que izaron hace veintisiete meses en una playa solitaria del mar veracruzano, el lábaro santo de las reivindicaciones públicas, se ha transformado en legión. Los hombres "de ayer y de mañana," tienen ya "su" ejército."

Y ese ejército irá muy pronto—así al menos lo esperamos—a la reconquista de todos nuestros derechos conculcados.